

Roma pagana se apresuró á recoger sus escritos y predicciones y los colocó en el Capitolio. Los pintores cristianos, les consagraron su pincel, y sobre el lienzo reprodujeron sus rasgos característicos, y las alegorías de sus baticimios, dejando á la posteridad, verdaderos tesoros del genio iluminado por el sentimiento religioso. No hace mucho tiempo que admirábamos una hermosa colección de estas pinturas, representando al tamaño natural á las Sibilas, en el convento de religiosos franciscanos de esta ciudad en la celda que llaman provincial; pero esas pinturas han sido víctimas del fatal cataclismo de la época, y al ver que desaparecieron de la galería donde estaban bien conservadas, los apreciadores de las bellas artes y de las tradiciones venerables, lamentan una pérdida, tal vez, irreparable.



EL CARNAVAL.

Se sabe que en todos los países católicos cuatro días antes del miércoles de ceniza, las gentes se dan á la locura, y compran el arrepentimiento antes de ser devotas: cualquiera que sea su rango, grandes ó pequeños, todos toman la máscara para ocultar tras de ella una barba blanca ó negra, las arrugas de la vejez ó el rostro terso de la juventud. Esta fiesta se llama el carnaval, lo que bien explicado quiere decir *adios á la carne*: en la eucaristía católica su nombre conviene perfectamente á la cosa, porque durante la cuaresma, no se vé en el mercado sino pescados frescos ó salados, y por eso se dice á adios á la carne, á los alimentos sustanciosos, al azado y al vistec, para vivir durante cuarenta días de pescados mal sazonados, atendiendo á que no tienen buenas y apetitosas salsas en aquellos países como en el nuestro: y aquí advertimos de paso que hay una diferencia muy notable entre la abstinencia cuadragésimal de los países católicos de allende de los mares y el nuestro, porque ya sea por la escasez de pescado, ó por privilegios que no es del caso referir, todo el mundo convendrá en que nuestra mesa en los días de vigilia, presenta manjares mas apetitosos y bien sazonados que en los días que no lo son; por eso nuestros gastrónomos esperan con inquietud, el día de abstinencia, que llegue la hora de sentarse á la mesa para devorar con avidéz la multitud de guisos excelentes y sensuales, que en tales ocasio-

nes estimulan el apetito aun de las gentes muy sobrias.

De todos los lugares de la tierra, en donde el carnaval era antes el mas recreativo y el mas célebre por sus bailes y cantos, por sus serenatas y mascaradas, por sus gestos y misterios, Venecia estaba colocada en primer término; pero ha decaído de ese esplendor que anima la locura de los hombres, y hoy apenas es la imagen de lo que fue; pero Roma, hace muy pocos años, aun ofrecia el espectáculo, de su buena moral en la templanza, aun en medio de ese vértigo de demencia que se apodera de las cabezas de los hombres aun las mas bien organizadas. El célebre poeta alemán Goethe, ha descrito algunos rasgos de él en su pequeño poema titulado: *El carnaval de Roma*: de este tomamos algunas líneas con el marcado intento de que sirvan de término de comparacion a nuestro carnaval.

"Durante ocho dias que preceden á la cuaresma, el *Corso* ofrece el espectáculo mas divertido, y el mas animado que la imaginacion pueda concebir."

"Hacia al medio dia una campana dá la señal de las mascaradas: los obreros que estaban ocupados en igualar el suelo de la calle y en repararlo con piedras menudas de basalto, interrumpen sus trabajos: los guardas de á caballo se colocan de centinelas á la entrada de cada una de las calles adyacentes: el pueblo corre en multitud."

"La longitud del *corso*, desde la puerta del *polo* hasta el palacio veneciano, puede ser de cinco

mil quinientos pasos: en toda esa estension, los balcones y las ventanas están adornadas de ricas pinturas: las banquetas anchas como de ocho pies, están guarnecidas de gradas y de asientos, los alquiladores gritan incesantemente: *¡asiento, asiento patron! ¡asiento, noble señor!* Las damas, los caballeros bien pronto invaden todos esos lugares: las máscaras, los equipages y el pueblo, se disputan el espacio de doce á catorce pies que separa las dos banquetas."

"El *corso* no es entonces sino una inmensa galeria, es una sala de fiesta: las paredes tapizadas, el número inmenso de sillas, la belleza de los trages, el gozo derramado sobre los semblantes, todo permite esta ilusion, y rara vez el cielo que ilumina esta escena mágica, se cubre de nubes."

"Luego vienen las máscaras: es un abogado que camina con rapidéz: alega, gesticula, declama, interpela á las damas en las ventanas, amenaza á los paseantes con procesos, refiere causas cómicas, persigue tenazmente á estas personas y lee muy alto la lista de sus deudas, ó revela sus aventuras mas secretas, su locuacidad es increíble; pero si encuentra entre las máscaras el traje de un cohermano, entonces su locuacidad y locura llegan al colmo, y la calle del *corso* se cambia en pronto en un tribunal ridiculo."

"El personaje del Quacquero es el mas comun: esa máscara se viste según las modas francesas del siglo XVI: su chupa y calzon son de seda ó terciopelo, su chaleco bordado de oro: se pone arrigon, mofetudo: sus ojos son tan pequeños,

“que á penas se les vé: su peluca muy erizada de
 “trecitas y bucles: es casi la figura del *Buffo ca-*
 “*ricato* de las óperas cómicas: es tonto y fatuo: se
 “le vé sin cesar saltar en la punta de los pies; y
 “se sirve de unos aros grandes sin cristales á vi-
 “nera de anteojos para ver con una curiosidad á vi-
 “da lo que hay dentro de los coches y los balco-
 “nes: hace grandes reverencias arrojando gritos
 “innarticulados, compuestos de puras erres, tal es
 “la señal que cien quacqueros se dan entre sí, y
 “que se oyen de un extremo al otro del *corso*: son
 “los mas animados de la fiesta despues de los ni-
 “ños: soplan todos á la vez en cuernos mari-
 “nos.”

“Tropas de niños, disfrazados bajo del traje de
 “las mugeres del pueblo, divierten á los que pa-
 “san con dichos agudos ó fingiendo querellas.”

“Tambien las niñas andan entre los máscaras
 “en gran número: la mayor parte escasas de dine-
 “ro para alquilar vestidos, llaman en su auxilio las
 “invenciones de la coquetería, y se disfrazan fan-
 “tásticamente á poca costa, por ejemplo: quieren
 “disfrazarse de mendigos, una bonita cabellera,
 “una máscara blanca, una marmita pendiente de
 “un liston de color, un baston y un sombrero de
 “paja en la mano, es bastante para desempeñar su
 “papel: sepasean humildemente bajo las ventanas,
 “de donde cae, en lugar de limosna, confites, nue-
 “ces y otras bellas golosinas.”

“Otras se componen diestramente un peinado
 “original de la moda mas simple, y se pasean so-
 “las sin otra arma ofensiva y defensiva, que una
 “escobita de flores de rosa, que pasan negligente-

mente bajo de las narices de los que están sin
 máscara; desgraciado de aquel que cae en medio
 de cuatro ó cinco de estas muchachas: mejor le
 estuviera ser zarandeado en la manta de Sancho
 Panza; porque defenderse seriamente de sus za-
 lamerías seria cosa peligrosa: las máscaras son
 inviolables y la guardia tiene orden de sostener-
 las.”

“Se encuentran tambien vestidos ordinarios en
 aquella multitud de máscaras. palafreneros con
 grandes escobetas en la mano para peinar la es-
 palda de los que pasan: cocheros que ofrecen sus
 arruajes con la terquedad y charlatanismo de
 costumbre.”

“Los disfraces mas agradables son, los de las
 muchachas campesinas de los pueblitos de Fras-
 cati, los de los pescadores y bateleros napolita-
 nos, de los esbirros y los de los griegos.”

“La gente de teatro juega tambien su papel, y
 oye repetir las escenas conocidas de *Brighelia*,
 de *Tertaglia*, del doctor y del fatuo capitán es-
 pagnol. Algunos individuos aparecen acá y allá,
 vueltos en ricos tapetes, ó en vastas telas
 blancas atadas en la cabeza, saltando súbita-
 mente con los pies juntos, ó desliziéndose rápida-
 mente como fantasmas.”

“Personas feas arrastran largos redingotes, con
 frente adornada de plumas colosales, hincan
 la rodilla en tierra y estienden un carton para
 bajar en el la caricatura de los pintores, que
 andan todo el año en Roma.”

“Mágicos que abren y hojean grandes libros d
 tras, que lisongean irónicamente la pasión del

“pueblo por la lotería: un hombre de doble máscara camina en todos sentidos, de manera que se ignora siempre cual es el lado verdadero de su rostro.”

“Mas de una máscara satírica sin nombre, nacida de una burla, mueve por lo extraño de su invención: un gigante por ejemplo, lleva sobre la cabeza en lugar de sombrero una jaula, en la que los pájaros vestidos de damas y de abates, gorgean y brincan.”

Bastan estas pocas líneas para darnos una idea del carnaval, conforme lo celebran los pueblos civilizados de la culta Europa: por esto se vé que es un regocijo popular y comun; porque los que no toman parte directa en esa demencia que invade tantas cabezas, á lo menos gozan alegres y de buen humor de ese espectáculo tan variado por sus trages, como por lo grotesco de las caricaturas: nada notamos en esta descripción que sea seriamente digna de vituperio: antes envidiamos la alegría general el buen gusto en la elección de los personajes, las ocurrencias inocentes y chistosas, lo variado de los grupos y el buen orden que reina en ese espectáculo público con la sobre vigilancia de la autoridad.

Al hacer un paralelo con nuestros carnavales el corazón se oprime, al ver la distancia que nos separa de otros pueblos mas felices que el nuestro y que para gozar de esa clase de espectáculos, estamos muy distantes de la civilización y buen gusto que solo dan la educación y el trabajo, las virtudes y el respeto á la ley.

Nosotros tenemos un carnaval, es verdad; ¡pero

qué carnaval! mas se parece á una encerrada. El mas ruidoso es el de México: luego siguen los que podemos llamar de provincia, y hace muy poco tiempo que han tenido lugar en las capitales de los estados: si Goethe hubiera presenciado una de nuestras mascaradas, á buen seguro que nos hubiera quitado el sombrero con colores muy desfavorables: nuestro carnaval, pues, se reduce á muy poca cosa.

Pocos dias antes de la cuaresma, se ponen á la venta en las tiendas de los peluqueros y en las de los repavejeros, dominós y máscaras de carton: con poca cosa se disfraza la persona que quiere divertirse de farsa: alquila pues, uno de esos trages que no son ni de gusto ni de lujo, y sale á recorrer las calles, de dia ó de noche: unos se pasean solos y otros en grupos, el chillido monótono de *¿me conoces?* y otras palabras de un tiple agudo y penetrante son sus frases de estilo: algunas palabras cambiadas con un interlocutor en las que se revelan secretos vergonzosos pone de mal humor al que no lleva máscara, y su mente se pierde en conjeturas por adivinar quien es el máscara, que conoce tan bien su vida privada, y como tambien aquí, como en Europa, las máscaras son inviolables, el ultraje pasa desapercibido: muchos episodios curiosos tienen lugar en nuestros carnavales, por fortuna quedan ocultos entre las tinieblas de la noche y debajo del dominó: rara vez se ve alguna obra grotesca y de ingenio que despierte la hilaridad de las gentes: de vez en cuando un quijote, una muerte, un diablo carretero ó una coqueta muy prosaica: otros disfraces tambien han tomado los máscaras, que por ser de clases determina

han llamado la atención de la autoridad, hasta el punto de prohibir el abuso público.

Sea de todo lo que fuere, no es nuestro ánimo reprobar absolutamente el carnaval, pero sí, deseamos que en el fondo sea como el de Roma, una farsa pública, inocente, ingeniosa y alegre: que los máscaras sean inviolables; pero que los máscaras no cometan imprudencias ni demasias; porque si en los países cultos es permitido el carnaval y aun protegido por el gobierno con su vigilancia, es porque no hay inconveniente en que la sociedad en esos días de soláz, presente á los extranjeros que viajan por estudiar las costumbres de los pueblos, un espectáculo alegre y risueño: el cuadro de una familia ligada con los mismos vínculos, usos y costumbres: las mismas tradiciones y revelando en el placer bien concertado, el corazón todo entero de un pueblo, que habiendo cumplido con los deberes que le impone la sociedad, así como los niños que se portan bien con los que están encargados de su educación, se les conceden días de soláz para su recreación; así se le permite el regocijo dentro de los límites de la decencia: el pueblo mexicano de una índole naturalmente suave y que vive debajo de un cielo más lindo que el de Italia, ganará mucho cuando sea educado con esmero, y podrá presentar al viajero, rasgos dignos de la pluma de Goethe.

En los países católicos luego que pasa el carnaval, se presenta un contraste que hace estremecer á los que ayer olvidados de todo, parece que habían nacido para las locuras de la máscara y los raptos de la alegría: suena la campana del templo

que anuncia una ceremonia; que si humilla la nada de nuestra carne, eleva y exalta por la humildad el ser de nuestra alma: es que ha llegado el miércoles de ceniza: el primer día en que comienza el tiempo cuadragesimal.

El sacerdote vestido sencillamente, espera á los fieles en la grada del altar: ante sus pies se humilla el monarca, la virgen y el niño inocente: todos presentan la frente desnuda para recibir en ella la ceniza, y oír con recojimiento humilde, la terrible sentencia, que Dios en su indignación pronunció contra el primer delincuente: *Eres polvo y en polvo te has de convertir.*

Esta es una confesion pública de nuestra fé, pues en la frente llevamos escrita la señal del cordero. ¡Desgraciado de aquel que se afrenta de la señal de nuestra redencion! no por eso dejará de entrar en la nada, y verse humillado entre el polvo.

L. S.

